

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

**Pronunciado el día 21 de marzo de 1991,
en la iglesia
de San Juan de Dios, por el Ilmo. Sr. D.
Manuel Muñoz Barberán**

Reverendísimo e Ilustrísimo Señor, Excelentísimos e Ilustrísimos señores; Señoras, señores, murcianos o no, amigos todos:

Saben bien quienes honrosamente constituyen la Presidencia del Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías de Semana Santa de Murcia que pedí, casi obstinadamente, ser relevado por este Cabildo del gratísimo cometido de pregonar nuestra Semana Santa. Sabía, seguramente, una cosa: hay muchas personas que lo hubieran hecho infinitamente mejor que yo. Pero acepté contento el encargo, no lo voy a negar. Lamento que ustedes, quienes me van a escuchar, echen de menos y añoren la voz de cualquiera de los anteriores pregoneros, harto más ágiles y buenos decidores que yo. Gracias a ustedes, que se dignan oirme, y gracias encarecidas a quienes me designaron para este menester tan de murcianía.

Desde Lorca, mi ciudad natal, vine a Murcia el año cuarenta y uno. Murcia, para mí, eran el escultor Salzillo y los pintores, vivos, don Pedro Sánchez Picazo y don José Almela Costa. Así que, recién llegado y en breves días, mis visitas a estos maestros quedaban realizadas. Mejor, mis primeras visitas. No hay que decir que ni conocía las procesiones de la Semana Santa Murciana ni casi había visto otras procesiones. Las de Lorca estaban en mis recuerdos lejanos, infantiles, con imágenes vagas. En Garrucha había presenciado unas manifestaciones religiosas, pasionarias, bien distintas, por sus características y por su humildad pueblerina, de cualquier desfile a que pueda aludir ahora. Aquello era algo reducido a grupos aislados de gentes que portaban un Nazareno o una Dolorosa, un San Juan quizá, y en torno a los cuales se agrupaban cincuenta, cien personas que, acaudi-

lladas por un abanderado y algún hermano mayor de cofradía, gritaban su entusiasmo, cantaban saetas y, de vez en vez, jaleaban al de la bandera que, arrodillado, la hacia girar en torno suyo con el mejor aire y excelente voluntad. Alguna muy recortada banda de músicos iba tras la imagen final y destacada de la Dolorosa.

Yo había visto, en viejas revistas ilustradas, los pasos murcianos de Salzillo. Incluso había leído un cuento de doña Emilia Pardo Bazán en el que se describe la noche de un visitante que ha sido encerrado por descuido en la iglesia de Jesús y se enfrenta, a la luz de la luna, filtrada y suavizada por un ventanal alto, con la noche agónica de Cristo, en Getsemaní, que pide al Padre le sea quitado el cáliz amargo de su pasión. Leí aquel cuento repetidas veces y deseé siempre buscar el escenario misterioso de aquel relato.

Entre mis recuerdos de niñez, estaba Salzillo y cómo no, si en Lorca, como en tantas ciudades de la región, este escultor se había entrañado hondamente en los sentimientos piadosos de todas sus gentes...Lo recordaba en la Virgen de las Angustias de San Mateo, en Las Animas de Santiago, en la delicada Divina Pastora de San Pedro, en la maravillosa resurrección de un niño por San Blas, de las monjas mercedarias...En tantas otras imágenes del maestro, o de su taller algunas, y de menor importancia. Siempre había deseado la emoción directa de la escultura pasionaria de Salzillo, la contemplación de sus "pasos" del Viernes Santo murciano.

Ahora, al enfrentarme con la obligación de pregonar esta misma Semana Santa que tanto deseé ver, he dudado, he vacilado entre referirme a los hombres que han hecho el milagro artístico que ella representa o decir de mis sentimientos ante cada desfile pasionario. Todo está hecho, todo está dicho y muy bien dicho. Solamente las palabras de un recio poeta podrían crear nueva visión de este espectáculo piadoso que cada año se renueva él mismo y cada año ofrece nuevos aspectos; que cada vez que se contempla levanta en nosotros sensaciones que no sabíamos ocultas entre nuestros recursos emocionales. Así es que incluso cuando la lluvia viene a perturbar, o amenaza, la buena marcha o la salida de una procesión, al encontramos arrimados a un muro, mirando al cielo con la esperanza de que la amenaza desaparezca, nos hemos sentido unos mismos con los entristecidos bocineros, con los penitentes defraudados, con las familias de los humildes

vendedores de sillas, con los floristas que hicieron su hermoso trabajo y no lo verán, acaso, en la calle; también, por qué no, con los impertinentes innumerables carritos que permanecen quietos, cobijados por un desafortunado plástico, temiendo sus dueños si no venderán una manzanita caramelada, un cucurucho de palomitas, unos globos...Que incluso espadas y antifaces venden yendo delante de la procesión y recibiendo prisas de los custodios del buen orden. No digamos si los rostros de los estantes, de los nazarenitos, de los mayordomos, no reflejan en tales ocasiones la amargura del contratiempo.

Pero éste no es pregón de lluvias, ni de vientos airados, ni de fracasos de ningún tipo, siempre esperando en Dios. Deberá ser pregón de sol tibio, de penitencias de color azul, de color verde, o magenta, de túnicas blancas y moradas, o encarnadas, “colorás”, y negras avivadas de rojo y luego, blancas y de todos los colores imaginables, en la última celebración, cuando Cristo resucita y el demonio cobra fama de buena persona y se deja encadenar por niños y se fotografía abrazándolos, dejando testimonio imperecedero de que todavía puede conservar un vago recuerdo de cuando fue ángel buenísimo, como los demás ángeles.

Y digo que, en mis vacilaciones, decidí hacer algo que fuera, en parte y dentro de la brevedad necesaria, como un homenaje a los maestros del arte de la escultura que hicieron estas procesiones, porque son ellos los principales creadores de unas manifestaciones piadosas y públicas que nada serían sin ellos. Se podría dudar que los numerosos grupos de penitentes se decidieran a desfilar sin saberse en torno de las figuras pasionarias. Quizá ni tendría sentido su manifestación pública. Podría afirmarse que los murcianos solemos reunirnos apasionadamente alrededor de una devoción o de un motivo de diversión. Tan diferentes ambas motivaciones, ambas nos resultan, y son, lógicas. Se suceden aquí naturalmente las ya tan atenuadas arideces cuaresmales y las alegrías y fiestas profanas de la Primavera.

Pues...Estaba ya en Murcia, en aquel año cuarenta y uno al que aludí. Comencé a ver a Salzillo en la calle. Eran años en los que la restauración de las antiguas procesiones era difícil y había de ser lenta. Procesiones del Miércoles y del Viernes y apenas esbozos de las demás, perdido su acervo artístico y sólo en vías de recuperación. Incluso las simples túnicas eran difíciles de improvisar. Mis recuerdos

van a mi primera procesión del Viernes en la mañana, vista desde el balcón de una casa dieciochesca de la calle de Sagasta. Sus dueños, que me acogían, los Senac, de tan larga tradición murciana y arraigados en aquel barrio de San Antolín, me enriquecían en conocimientos de la procesión.

Me indicaba doña Dolores, con toda su gracia murciana: “Ese mayordomo es primo del rey” o “San Juan va señalando con el dedo a las que se quedarán solteras. Mire cómo se esconden las mozas”; y no había moza que se escondiera, pero ella las veía esconderse. “Por ese brazo de San Pedro daba un millonario inglés su peso en oro y una copia perfecta. Naturalmente, no le hicimos el cambio, estaría bueno”. Y mientras la procesión descansaba, o no llegaba un paso, o había pasado ya, me señalaba un lado de la calle y me decía: “Por ahí va el antiguo val de la lluvia; un hombre a caballo se entra por él, si pudiera, y no tiene que agachar la cabeza”. Muchas veces, después, soñé al caballo y al hombre, éste con una lanza, caminando por el oscuro y soterrado val de la lluvia. O también me empeñaba en imaginar qué gentes, qué muchachitas contemporáneas de Salzillo vieron en su tiempo, por primera vez, desde aquel mismo lugar, el San Juan y advirtieron que su índice señalaba a los balcones. San Juan, tan guapo muchacho...

Pero, desde entonces, las procesiones murcianas han experimentado un crecimiento grande. Viejos amantes de la ciudad se afanaron en la restauración de cofradías que fueron en Murcia y que habían desaparecido. Jóvenes animosos encontraban una antigua imagen y decidían devocionarla sacándola a las calles de ahora. No queda día de la Semana de Pasión que no tenga su desfile religioso, si exceptuamos el sábado siguiente al Viernes de Dolores. Alguno de esos días goza de hasta tres procesiones, todas asistidas de público, de murcianos y de forasteros.

Y puesto que lo que hago es pregón el pregonero debe publicar y enumerar lo que buenamente pregona. Las procesiones son éstas:

Saldrá el Viernes de Dolores, desde la iglesia de San Nicolás, la joven procesión -no sabemos si jóven, es cierto-, del Santo Cristo del Amparo. Visten color azul sus nazarenos y penitentes. En la noche, inician su desfile rompiendo el fuego de las contemplaciones pasionarias. El Crucificado que da nombre a la procesión y a la cofradía, es

de Salzillo. Algo de historia habrá que decir en breves palabras: en la iglesia de San Nicolás hubo siempre una capilla dedicada a Cristo en la Cruz. Esta capilla pertenecía a uno de los abuelos, el materno, del Licenciado Cascales, el gran historiador de Murcia. Allí estaban enterrados los Escarramad y sus hijos, entre ellos doña Leonor de Cascales y la primera esposa del escritor. Después, llegó la decadencia a los sucesores de Cascales, la reconstrucción del templo en su forma actual y la hechura, en el taller de Salzillo, de esta nueva imagen. Que no es poca ni débil historia.

El Domingo de Ramos, cuando la entrada en Jerusalén de Jesús el Cristo, pocos murcianos renuncian a comprar, en la plazuela de San Pedro, una palma pequeña o grande, según que se piense darle al niño o llevarla un mayor y, después ponerla atada a un balcón, según vieja costumbre. Acuden muchos al acto entrañable de la bendición de palmas en la Catedral y asisten a la procesión claustral o de corto recorrido en la calle, llena de encantos y emociones piadosas. En la tarde, al caer el día, es otra vez Salzillo el protagonista en una procesión, también acaso joven, que sale desde la parroquial de San Pedro y recorre nuestras calles. En ella el Cristo de la Esperanza, también de Salzillo, y un San Pedro, de la misma gubia, titular de la parroquia. San Pedro en el momento en que un gallo con su grito, le recuerda su flaqueza en la negación del Maestro. Lágrimas de San Pedro que le valieron ser procesionado dos veces en Murcia, como veremos, como sabemos todos los murcianos. Verde de esperanza es lógico que vistan penitentes, anderos y mayordomos. En esta procesión, también escultura joven arraigada en nuestras tradiciones.

El Lunes Santo pertenece a la antigua cofradía de los sederos, hoy Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón. Los de las túnicas de color Magenta. Singular tono rojo avivado en la noche por la amplia multiplicidad de los cirios. (No buscaremos este color en el léxico castellano. Le viene el nombre de la ciudad de Magenta, en Italia, cercanías de Milán, sin que sepamos la razón). Titular de esta cofradía, un Calvario con Cristo, María, Juan y Magdalena, esculturas dentro del área salzillesca y el Cristo posiblemente de su taller aunque generalmente atribuido al padre, Nicolás Salzillo.

Confieso mi predilección por las salidas y entradas, los regresos de las procesiones a sus templos. Me parece que son más expresivas y emocionantes las apariciones de los pasos enmarcados por el gran arco de la portada. Así, este calvario de San Antolín en cuya cruz se enredan los rosales trepadores, Cristo crucificado en árbol florecido, tiene su mayor poder emocional en los umbrales de la iglesia, cuando las gentes hacen el silencio y la banda musical interpreta la solemne marcha. Después, a veces hasta se rompe en aplausos. Se elogia a las camareras, la del Cristo, la de la Soledad...El pueblo tiene siempre muy en cuenta a estas camareras, pertenecientes a familias que “desde siempre” han acudido al menester envidiable y precioso de adornar los pasos, de enriquecerlos.

En la procesión de San Antolín hay esculturas de hoy, la primera de ellas fue el paso de la Verónica de Francisco Toledo, realizado cuando aún el escultor era joven y acaso no había terminado su carrera en Madrid.

El Martes Santo hay dos cofradías que procesionan, la del Santísimo Cristo de la Salud, Pontificia, Real, Hospitalaria y Primitiva Asociación, que sale de esta misma iglesia de San Juan de Dios, a las ocho de la tarde, media hora antes de que se ponga en marcha, a la puerta de la parroquial de San Juan Bautista, la cruz penitencial que encabeza la procesión de la Hermandad de Esclavos del Santo Cristo del Rescate. Son dos procesiones que recorren las mismas calles a continuación una de otra. El Cristo de la Salud es una antigua figuración del Crucificado. Se desconoce el nombre del escultor del XVI que labró esta imagen a la que muchos atribuyen mayor antigüedad con valederas razones. La constitución de esta cofradía fue señalada, en su tiempo, como inspirada por una honrosa fidelidad a la realeza española. Visten blanco y verde sus penitentes y mayor-domos.

Contaré cómo vimos, mi mujer y yo, la procesión del Rescate en un año ya lejano. Era una noche bastante fría, amenazaba lluvia y el viento asomaba de vez en vez, amenazador. Ya esta procesión unos años antes, había sido suspendida por un vendabal que desgarró el manto de la Virgen de la Esperanza. Buscábamos un lugar donde refugiarnos más que sillas libres que las había en abundancia en muchos lugares. Andando las calles, dimos con la cabeza de la proce-

sión entre los muros de Santo Domingo y las Escuelas Baquero. Arrimados a la pared, nos tapábamos y apretábamos uno con otro, ateridos. La penitencia avanzaba lentamente, sin apresuramientos. Los únicos espectadores allí, éramos nosotros. Una muy larga hora enteramente cuaresmal. Incluso llegó a haber asomos de lluvia que no pasó de pequeñas gotas. El Cristo del Rescate, Nuestra Señora de la Esperanza, los imperturbables penitentes y, también, los dos tenaces espectadores.

Esta procesión, no muy antigua, al parecer sin grandes arraigos murcianos, según se dice, está basada en el nombre del Santo Cristo del Rescate o de Medinaceli, título este último que le viene a la imagen madrileña y a ésta nuestra de sus antiguos poseedores los duques del mismo nombre y de sus custodios antiguos los Trinitarios, cuya principal misión en los pasados siglos fue el rescate de cautivos en Argel. Pero Trinitarios hubo en Murcia desde su reconquista y ellos trajeron a nuestra ciudad la devoción de Cristo apresado, en tiempo tan lejano como la llevaron a la corte de Madrid. Viene a ser el arraigo el mismo e igual y con la misma tradición, el devocionarla. En la relativa variedad de nuestros desfiles pasionarios, éste pone la nota tranquila, austera, de su severidad. La piedad de los buenos murcianos acompaña fielmente todos los actos de esta cofradía que tiene su asiento en un barrio tan popular como el de San Juan Bautista. En tiempos de Salzillo, este barrio tenía calles enteras habitadas por argelinos que eran fieles a la monarquía española y que recibían paga de su Majestad.

Quizá el momento más bello de esta procesión es a su paso bajo el arco abierto en el palacio del Conde de Floridablanca y este arco es, ni más ni menos, recuerdo y consecuencia de un antiguo acceso a la ciudad por la muralla y que se llamó Puerta del Toro.

En la renovación de las perdidas imágenes de los titulares se empleó el arte minucioso y emocionado de José Sánchez Lozano.

Ahora, a mitad de la rememoración de nuestras procesiones pasionales, unas breves palabras que son o quieren ser, parte de mi homenaje a los escultores murcianos. Bussi, Salzillo, Roque López, Baglietto, Dorado, Araciel, Sánchez Lozano, González Moreno...Hay otros, llegados a esta actividad religiosa y pasionaria cuando ya todo parecía hecho, cuando nuevas cofradías deciden procesionar, y sus

nombres no deben quedar relegados al silencio, por un estricto sentido de justicia, por sus merecimientos.

Fue el primero de estos jóvenes Francisco Toledo, ya aludido, con su única realización para la cofradía de San Antolín. Vinieron después Antonio Labaña Serrano, Francisco Liza Alarcón y Antonio García Mengual. Si por descuido mio no fueran los únicos, son los más destacados, creo. Ellos continúan una tradición murciana de imagineros, los que ponen al pueblo en contacto con los temas religiosos pasionarios por medio de un arte tan noble y acreditado en Murcia como es el de la escultura. Seguirán o no las líneas artísticas de Bussi o Salzillo - en realidad, Bussi, tan poco continuado-, mirarán hacia líneas más modernas, pero todos estarán en el camino claro de servir un modo de apreciar la figuración por todas las gentes de nuestro pueblo.

José Hernández trabaja nuevos pasos, de reciente hechura, para las cofradías de San Antolín, de San Pedro y del Carmen. Liza trabaja para San Pedro, esto es, para la Cofradía del Cristo de la Esperanza; Labaña para esa misma cofradía y para la del Resucitado de Santa Eulalia. García Mengual para la de la Sangre, del Carmen y para la del Cristo de la Esperanza de San Pedro.

Murcia tiene siempre un agradecimiento entrañable para estos artistas. Los nombra repetidamente y los mantiene en su recuerdo. Me parece más que suficiente.

Y aquí está el Miércoles, la procesión de los "coloraos", la procesión del maestro Bussi. Procesión de Bussi porque no hay imágenes de este escultor en ninguna otra procesión y si mi memoria me falla y las hay, no son tan notables. Cofradía antiquísima como todas las de este título de la Sangre de Cristo. Con asiento primero en Santa Eulalia y quizá anterior en La Trinidad, pasó a la iglesia del Carmen en el XVII, volvió a Santa Eulalia accidentalmente en el XVIII -por rotura del puente que llamamos "Viejo"- y regresó al Carmen para siempre. Bussi es uno de nuestros más recios escultores, el más patético y expresivo acaso. Su célebre Cristo avanza, los pies sueltos de la cruz, hacia un lagar sobre el que inclina su pecho para que la sangre del costado se recoja en la preciosa taza o en el cáliz que acerca un angelito, y se mezcla con el vino de las consagraciones. Es un hermoso símbolo eucarístico. Bussi, al crearlo, decidió que los cabellos de este Cristo fueran reales; contrastarán en su movilidad llevados por el

suave viento, con la quietud de la bella anatomía tan sólo alterada por las cárdenas huellas de los azotes, por la sangre oscura que corrió en la agonía y que secó el breve tiempo de la cruz.

A la procesión del Miércoles acude la hermosura del plenilunio. La Samaritana nos muestra su belleza ostentosa y tiene, desde antiguo, los piropos del pueblo. Roque López recoge el más destacado aspecto populista de su maestro Salzillo y acierta a captar la simpatía de las gentes. También en esta procesión la obra más destacada del escultor González Moreno y, desde luego, los empeños artísticos más importantes de nuestro tiempo en este sentido...González Moreno, sorprendido por nuestra guerra civil en sus más eficaces estudios madrileños, a la terminación de la contienda, se emplea en la creación de obras religiosas, pasionarias o no, pero evitando que estos quehaceres lo absorban por completo. De ahí que su obra sea extensa en el campo religioso y en el que solemos llamar profano.

No se puede olvidar el espléndido acierto de Sánchez Lozano en la parcial restauración de la imagen titular gravemente afectada por los desmanes del treinta y seis, tan nefastos para nuestras bellas artes. En el paso del Pretorio trabajó Molera rehaciendo los sayones mientras Sánchez Lozano restauraba la popularísima figura del Berrugo haciendo olvidar su desaparición.

De Juan Dorado es la imagen de San Juan Evangelista; de Roque López la Dolorosa que cierra el desfile. En el paso de Las Hijas de Jerusalén, la tragedia es atenuada por la figura de un niño que tiende sus manecitas hacia Cristo. Quizá símbolo del alma cristiana como lo es otro niño en un cuadro de Velázquez figurando también el alma piadosa que contempla a Cristo azotado. Es obra de González Moreno, como lo es también el hermosísimo Lavatorio. Las realizaciones más recientes de esta procesión están firmadas por autores aún jóvenes -ya han sido aludidos-, y que son José Hernández Navarro y Antonio García Mengual.

Este tan celebrado y devocionado Cristo titular, los pies sueltos de la cruz, nos invita, andando El mismo, a una persecución piadosa y artística de su figura, yendo por las calles murciana a buscarle, por las plazas recogidas, por las callejuelas desde las que se ve su perfil y se va adivinando su sombra en las paredes, entre los árboles, por encima de las capuchas nazarenas, rojas como hachones. Y haberla visto salir

y volver a verla entrar, corriendo las aperturas de las angostas y casi anuladas aceras. Otra vez la Samaritana y Cristo junto al pozo. Otra vez el pobre apóstol Pedro, asustado por un tieso gallo que le grita su cobardía....En el Pretorio, Cristo azotado y coronado de espinas es mostrado al pueblo. El hombrecillo que jura en falso...

Cosa curiosa, en los largos años de la actividad de esta cofradía murciana, en los más lejanos, los penitentes vistieron de negro. En una reforma de sus constituciones hecha a principios del siglo XVIII, una de las cláusulas advertía a los cofrades y penitentes numerosos la prohibición de vestir túnicas rojas, coloradas...Precisamente las túnicas que han dado nombre y carácter definitivo a esta procesión. También en estas constituciones se intentaba moderar el número de los niños que encabezaban la procesión. Gracias a Dios, resultó un propósito inútil, como -digámoslo-, tan antievangélico.

El Jueves Santo murciano tuvo gran solemnidad y plenitud cuando las mujeres murcianas, engalanadas con la amplia mantilla española, tan universal, recorrían nuestras calles y hacían sus visitas a los monumentos eucarísticos erigidos en todos los templos. Hoy, casi desaparecida esa bella costumbre, la celebración de este día grande se centra en el atardecer. Las visitas a los templos son obligadas por la tradición y por la piedad. Pero las gentes esperan en este día, especialmente, la salida del Cristo del Refugio de la iglesia parroquial de San Lorenzo. Procesión del Silencio es llamada.

El titular es un Crucificado con historia emocionante. Labrado en el siglo XVII por cualquiera de los escultores entonces con taller en Murcia. Juan Pérez de Artá, el más probable autor; quizá Cristóbal de Salazar o Hernando de Torquemada...Quien resultare ser, labró este Cristo para la iglesia de San Lorenzo. Al ser derribada la antigua iglesia y construída la actual, en el siglo XVIII ya avanzado, esta imagen pasa a presidir la sacristía. Al producirse, el año treinta y seis, aquella serie de desmanes, la iglesia de San Lorenzo es asaltada y este Cristo queda respetado durante los tres años de guerra, en su lugar de la sacristía. Utilizada la iglesia como refugio, al acabar la triste contienda, buenos murcianos deciden fundar una cofradía y procesionar una sola imagen, la de este Crucificado que permaneció intacto durante aquellos largos tres años.

Las luces de la ciudad son amortiguadas. Los penitentes desfilan ordenadamente, la sola luz es la que ilumina al Cristo, las flores las que lo adornan, las voces las de los grupos que cantan a su paso.

La tendencia general es ver este desfile piadoso en La Plaza de Belluga en la que el marco es inconmesurable puesto que la gran fachada de la catedral es adivinada al mediano resplandor y el palacio episcopal da fondo al perfil trágico. Pero las gentes no se vuelven desde allí, corren tras de la procesión, se detienen a escuchar los diversos coros y acaban, en enorme hacinamiento, cerca de la iglesia de San Lorenzo para contemplar el instante final de la solemne recogida.

Los murcianos de raiz segura -y perdón, que no los hay de otra-, han acompañado a Jesús desde su iglesia junto a San Andrés hasta las Agustinas para el precioso oficio de que las monjas gozan, de vestir al Nazareno su túnica del Viernes. Los buenos murcianos han acudido igualmente en la tarde del Jueves a oír, en la plaza de San Agustín, a los auroros que cantan sus dolorosos relatos con música de siglos. Han entrado a ver los pasos de Salzillo recién dispuestos, cargados de flor, para la mañana hermosísima del Viernes. Saben esos murcianos el orden de salida de los pesados tronos, que llaman, de los pasos aleccionadores. Saben que ver salir la procesión llega a ser casi un privilegio y saben que los pasos ordenados por Salzillo niegan unas veces el lado izquierdo, otros el lado derecho, la visión total del misterio. Saben, pues, que habrán de ir sorteando calles ensilladas, obtruídas por el gentío, y buscar en el conocido laberinto, cómo llegar a Verónicas, a la Plaza de San Julián o la de San Pedro hasta el Arenal y luego alcanzar la Plaza de Belluga y buscar la procesión en las estrechas calles de Platería o Trapería y correr hasta San Nicolás y no descansar hasta ver la procesión encerrarse, bien pasado el medio-día, por las callejuelas que circundan a las Agustinas y acercan a “Jesús”.

Y luego volver, volver con los estantes que se han apropiado las flores que adornaban los pasos, los que llevan unos dátiles de la Santa Cena a sus esposas, a sus hijos. volver con los niños que llevan increíbles bolsas de caramelos obtenidos de la simpática entrega de los nazarenos, todos menos los de Jesús, que ni siquiera deberán saludar a conocidos y familiares. Dos ocasiones propiciaron el que mis hijos pequeños, cuando lo eran, llegaran a creer que yo era importante en

Murcia: primero cuando don Agustín Virgili levantó su mano izquierda para saludarme cariñosamente desde su puesto solitario en la presidencia de la procesión, en gesto simpático tan propio de él, y luego, cuando algunos nazarenos o penitentes de cruz sencilla o doble y triple cruz, les llenaban de caramelos y monas diminutas las bolsas preparadas por ellos ilusionadamente. Llegaron a creer que éramos nosotros solos los obsequiados de una y otra manera.

Insisto: hay que ir a la Plaza de San Agustín en la tarde del Jueves Santo. Hay que ver los Salzillos quietos y hay que escuchar a los auroros. Hay que madrugar para ver salir esta procesión, si se puede, siempre, si no, al menos media docena de veces en la vida. Hay que seguir la procesión para encontrarla donde se pueda, mirándola por encima de las miles de cabezas apretadas unas contra otras. Hay que seguir la procesión apasionadamente. Es labor vieja de murcianos. En este juego de miradas y aspectos diferentes, de puntos de vista variados, podemos entender las muchas facetas con las que Salzillo dispuso sus composiciones religiosas armonizando paso a paso el juego artístico y piadoso con el que quiso dotarlas.

Sé lo inútil que resultaría describir esta procesión, o las otras, a los buenos murcianos que me escuchan. Ni la descripción verbal, ni la representación pictórica, ni las fotografías mejor conseguidas, ni las cintas cinematográficas más logradas, pueden decirnos lo más importante de estas celebraciones cuyo único disfrute consiste en participar de ellas. Como las procesiones no serían nada sin los que antiguamente fueron llamados símbolos o insignias, tampoco lo serían sin el pueblo interesado por ellas, apasionado. No he tropezado con mayor contrasentido que el espectáculo de las gentes, algunas, huyendo de estas celebraciones y buscando las playas cercanas. Cada uno tiene sus razones pero hay razones que difícilmente se entienden.

De mí sé decir que jamás huiré de la ciudad mientras en ella se esté mostrando la Pasión según Salzillo. Mientras haya un Crucificado, una Dolorosa, un Prendimiento o una Oración del Huerto que desfilen por nuestras calles, yo no faltaré de ellas. Hace años, pasé una Semana Santa en Venecia. Cometí ese error. Sentado en la Plaza de San Marcos, mi memoria estaba en Murcia, contándome las horas de salida de los pasos, uno a uno.

En la noche del Viernes Santo se repite el caso del martes anterior y dos cofradías desfilan unidas: la del Santísimo Cristo de la Misericordia, de la parroquia de san Miguel, y la Real y Muy Ilustre Cofradía del Santo Sepulcro, de San Bartolomé.

El Cristo de la Misericordia es una preciosa y severa imagen del Crucificado atribuída al hermano Beltrán, célebre escultor jesuíta que había estudiado en Italia y que trabajó en Murcia algunos años de los finales del XVI. Sea de él esta imagen o pertenezca a un poco anterior maestro Jerónimo Quijano, es una de las más hermosas, de las más emocionantes representaciones de Cristo en la Cruz que poseemos. A esta procesión de las dos cofradías, Salzillo aporta su grupo de las Angustias en cuyas efigies principales olvida el escultor gran parte de su dulzura poniendo acentos trágicos en la expresión de dolor de María. Los pequeños ángeles llorosos rompen la triangular composición y aligeran el sentido atormentado del conjunto.

González Moreno trabajó dos nobles figuraciones: la de María al pie de la cruz y la del apóstol Juan, indicador de sendas dolorosas. Como paso titular, el Entierro de Cristo, equilibradísima composición que recordamos como la primera aportación de este escultor mismo a los desfiles pasionarios. Todo el estudiadísimo conjunto reúne ya la disposición y el acento riguroso, de acabado estudio, que el artista pondrá en sucesivas creaciones.

Aún en este solemne día del Viernes Santo, ya tarde, habrá otra pequeña procesión, llamada del “Retorno”, en la parroquia del Carmen, en este antiguo Barrio de San Benito. Una dulce imagen de la Soledad es procesionada, sin muy largo recorrido, en las altas horas de la noche, casi encontrando las primeras horas del Sábado Santo.

Recordemos, brevemente, la procesión de Cristo Yacente, que sale de Santo Domingo el Sábado Santo en la tarde. Procesionan una imagen salida del taller de los hermanos Ayala a los que se dio un modelo en barro hecho por el hermano Beltrán posiblemente, puesto que este hermano había de supervisar la obra encargada, por cierto con muy escasos días para hacerla. Siempre estuvo esta escultura en la Iglesia de Santa María de Gracia, del Hospital General, el San Juan de Dios que ahora, para este acto, ocupamos nosotros. La joven cofradía decidió trasladarla al más fácilmente visible templo de Santo Domingo.

En fin, el Domingo de Resurrección es como un estallido de alegría. Los cuerpos y los ánimos, ya cansados acaso, son reavivados por el sonido de las campanas de la ciudad que nos anuncian la gloria esperada de la Resurrección de Cristo y, con ella, la resurrección de todos. Ahora será el color blanco de las túnicas, los tonos vivos de los turbantes, las plumas y metales fulgurantes de la soldadesca romana, que no aparece aquí en toda la Semana Santa, las caras descubiertas, las coronas de flores en las muchachas, los pomos de tantos cofrades, la alegría de los niños y los pasos triunfales en los que ya no hay sangre ni sufrimientos. Es Cristo que se manifiesta a los discípulos buscados en Emaús; es el ángel que muestra la Cruz, ya no signo de muerte sino de redención, cubierta de flores; triunfo ya toda la procesión de la plenitud de la Primavera que tanto se nos adelanta en nuestras tierras. Y es el cuerpo glorificado de Cristo que se alza desde la apartada losa del sepulcro en figuración espléndida de uno de nuestros más insignes artistas, el escultor José Planes. Y recordemos que esta bellísima escultura, enérgica, varonil, pletórica de religiosidad trascendida, es la única obra en la que el gran maestro abordó el desnudo masculino, junto con los Cristos yacentes realizados en sus últimos y magníficos años de trabajo.

Toda la mañana de este día precioso, llena de la exultante belleza de esta procesión de Santa Eulalia que todos hemos buscado ilusionados, una y otra vez, año tras año, llevando a nuestros pequeños que, hay que confesarlo, sólo deseaban ver al demonio, el feliz demonio que camina encadenado entre ángeles ingenuos y chiquillería alborozada. Ay, tristes los niños que llevados en estos días lejos de Murcia, no puedan contar, rememorar estos momentos felices de la Semana Santa murciana.